

Gabriel García Márquez
Periodista

Gabriel García Márquez Periodista

José Luis Díaz-Granados

21

© 2005 *José Luis Díaz-Granados*
© 2005 *Editorial Pablo de la Torriente*
Unión de Periodistas de Cuba
Calle 11 no. 160 e/ K y L, Vedado, La Habana
Edición: Fermín Romero Alfau
Diagramación: Gladys Armas Sánchez
Corrección: Samuel Paz Zaldívar
ISBN: 959-259-169-5

Creo, en fin, que el periodismo merece no solo una nueva gramática, sino también una nueva pedagogía y una nueva ética del oficio, y visto como lo que es sin reconocimiento oficial: un género literario mayor de edad, como la poesía, el teatro y tantos otros. A ver si con un reconocimiento tan justo –entre tantos sofismas de distracción– los periodistas colombianos nos le medimos por fin al reportaje inmenso que se espera de nosotros: cómo es que la Colombia idílica de los poetas se nos ha convertido en el país más peligroso del mundo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Grandes Periodistas recoge las conferencias que sobre algunas figuras que se destacaron en esta profesión fueron impartidas en el Instituto Internacional de Periodismo José Martí. Se inicia esta serie con un estudio de José Luis Díaz-Granados sobre Gabriel García Márquez.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Hoy vamos a dar inicio a un nuevo ciclo de conferencias que hemos denominado «Gabriel García Márquez, periodista». Debo aclarar que en el caso del ciclo anterior, «Pablo Neruda, periodista», se trató de algo muy especial, pues me atrevo a afirmar que nadie ha dictado ni ha escrito ni se ha referido nunca al periodismo ejercido por el gran poeta chileno, quizás por haber sido este un oficio aparentemente circunstancial en su vida. Incluso, se han referido a él como novelista, por una novelita que publicó en 1926 y que se llamó *El habitante y su esperanza*; pero nunca jamás se le ha estudiado como periodista, habiendo sido, como fue, un periodista excepcional.

¿Por qué? Yo lo atribuyo a que es tan inconmensurable la grandeza de su poesía, que eclipsó totalmente y dejó sepultado en lo más profundo del subsuelo el oficio periodístico que con tanta gracia ejerció. Entonces, fue un caso excepcional, fue un gran periodista, lo vimos, y un cronista de extraordinarias cualidades.

El caso de Gabriel García Márquez es diferente. Lo vamos a ver en el curso de estas charlas, porque paralelamente a su espléndida carrera de narrador, este gran novelista, este gran cuentista, es también un gran periodista, es un maestro de maestros del periodismo. Un hombre que sabe a profundidad lo que es una crónica, lo que es una noticia, un simple reportaje, una nota, una reseña, y que además es un obrero raso del oficio y a la vez un maestro, un buceador incansable, un hombre que se ha sabido sumergir en lo más hondo de cada uno de estos subgéneros y los ha sabido encarar con grandeza.

Gabriel García Márquez daría para una cátedra infinita. Ustedes han oído hablar de la cátedra Cervantes, de la cátedra Shakespeare, la cátedra Dostoievsky... La cátedra Gabriel García Márquez existe en universidades londinenses, norteamericanas, españolas, en universidades de otras latitudes. El periodista, el escritor, el narrador. Incluso, el no muy bien logrado hombre de cine, que es en lo único que no ha tenido la misma suerte que con la escritura literaria y que por lo tanto es la mayor atracción que ha tenido siempre García Márquez en su vida.

Pienso en primer término el porqué se produce un fenómeno literario llamado Gabriel García Márquez. Quienes conocemos su obra, ya sea de manera profunda o superficial, sabemos que ella es como una una fuerza motriz llena de fosforescencia desbocada y prodigiosa imaginación, y por eso creemos que deben existir circunstancias muy especiales para que ello sea posible, de que no hay nada gratuito en el nacimiento de un hombre tan excepcional.

Como habría que mirar ahora, cuatrocientos años después de la primera edición de *Don Quijote de la Mancha*, de dónde salió ese genio tan controvertido, tan extraordinario, tan descomunal como fue Miguel de Cervantes y Saavedra. ¿De dónde salió? ¿De dónde pudo brotar y cómo diablos pudo escribir una obra tan excepcional un hombre que cuando ya pisaba el umbral de los sesenta años todavía era considerado por sus contemporáneos un mediocre escritor?

Decían los Argensolas que este Cervantes ni siquiera sabía expresarse bien, porque era tartamudo, y además, era el más opaco de todos en las tertulias. Era un hombre que no tenía carisma personal, ni simpatía, que carecía de todo tipo de atractivos, y para colmos era paupérrimo, al contrario de su archienemigo Lope de Vega, que tenía ademanes principescos y un gran dominio tanto de la palabra como del poder financiero, y que además era un hombre de enorme talento literario, reconocido por todos los peninsulares de su tiempo.

Pero nada de eso es gratuito. Habría que examinar su entorno. ¿Por qué surgió *El Quijote*? ¿De dónde vienen esas raíces? No son solamente de Castilla o de La Mancha, sino de los ancestros moriscos y judíos. Hay que remontarse más atrás y a otros antecedentes, síquicos, geográficos, históricos, anatómicos, que tenía este hombre extraordinario, para llegar a ese momento estelar en que escribió ese libro maravilloso.

Algo similar nos pasa con Gabriel García Márquez. Por eso me parece una idea genial del director del Instituto Internacional de Periodismo José Martí, el licenciado Guillermo Cabrera Álvarez, que las charlas que se impartan en adelante sobre determinado escritor-periodista las dicte una persona oriunda del país de ese autor, porque eso facilita el conocimiento espacial sobre el entorno geográfico, histórico, social y humano en que se desarrolló la travesía vital del personaje.

Ese fue el caso del profesor Guillermo Alvarado con su clase sobre Miguel Ángel Asturias, que fue realmente magistral. Alvarado es guatemalteco, admira profundamente y sabe de la vida y la obra de Asturias y conoce la tradición más profunda de la historia de Guatemala.

Lo de Pablo Neruda fue una excepción, porque hace más de treinta y cinco años yo vengo estudiándolo, y a riesgo de pecar de inmodesto, me considero un experto –con lagunas, desde luego– en la vida, obra y milagro del chileno, lo que me otorgó una cierta facultad para poder venir a hablarles a ustedes del poeta y de descubrir y revelarles su desconocida dimensión de periodista.

En el caso del Gabo y de Colombia es distinto. Colombia es mi país, es el país que conozco y que amo con todas las potencias de mi alma, que lo tengo aquí en la cabeza, que lo estudio cada día de mi vida. Desde que era niño tuve el privilegio de conocer y tener muy de cerca a grandes –¿cómo se dice?– figuras representativas de ese país, en todos sus campos, en circunstancias familiares o per-

sonales que hicieron que yo tuviera ese acceso a muchas cosas de mi patria y a muchas personas interesantes.

Durante muchos años he dictado cátedras y conferencias sobre la narrativa de García Márquez. Además, he disfrutado de su amistad y afecto, desde que lo conocí cuando yo era apenas un adolescente y él un reportero no muy conocido del diario *El Espectador* de Bogotá.

A eso se suman muchas y variadas circunstancias. En la década del noventa, por ejemplo, su hermano menor, Eligio García Márquez, que era un extraordinario periodista, un auténtico maestro de periodismo –naturalmente opacado por la gloria de su hermano– y un gran narrador también, se dio a la tarea de escudriñar de dónde venían las claves de Melquíades, ese famoso gitano que es como el hilo conductor de *Cien años de soledad*, claves que están plasmadas en unos manuscritos que son los que determinan el destino total de la historia y que logran descifrarse casi al final, cuando Macondo es arrasado por un viento ineluctable, luego que el último de la estirpe, el de la cola de puerco, se entregara a la lujuria sexual con su tía Amaranta.

Pero eso no es gratuito. Esa saga, esa epopeya bíblica, esa historia todopoderosa, ya no es solo de Colombia. Es algo que ya trasciende más allá de las fronteras de la costa caribeña colombiana, del Valle de Upar, Colombia y de las Américas, porque ya pertenece al mundo, ya es del planeta tierra, universal, intemporal, de cuando existan otras cosas. Entonces hay que ver qué hizo posible no solo la composición de *Cien años de soledad*, sino a Gabriel García Márquez, el narrador que llega a ser cronista y el cronista que llega a ser narrador.

En 1928, un poco antes del ascenso del liberalismo en Colombia, cuando estaba por caer la hegemonía conservadora que duró más de cuarenta y cinco años, los trabajadores de la United Fruit Company, que era la compañía norteamericana que manejaba la riquísima producción y exportación bananera en el norte colombiano, realizaron una huelga en demanda de mejores salarios y servicios

sociales. La respuesta fue una represión militar sin precedentes con un saldo de más de un centenar de trabajadores muertos y millares de heridos, acontecimiento conocido en la historia nacional como «La masacre de las bananeras».

Por otro lado, la United, que también existía en otros países de Centroamérica y el Caribe –léase, por ejemplo, la novela *Mamita Yunai*, del costarricense Carlos Luis Fallas–, era una especie de ciudadela gringa con viviendas limpias y cómodas, servicios sanitarios modernos y almacenes muy bien surtidos con toda clase de mercancías, a los que solo tenían acceso los norteamericanos de la compañía y los empleados nacionales con sus familias.

En este ambiente es que nace Gabriel García Márquez, es decir, en un ambiente en el que él después va a encontrar como los vasos comunicantes de la influencia recibida por la obra de William Faulkner, que está llena de personajes del sur de Estados Unidos, del Mississippi, de Nueva Orleans, muy parecidos a los caribeños, con aristócratas en decadencia, hombres y mujeres de raza negra, alcohólicos, músicos de jazz y los rags con que Scott Joplin hacía las delicias de los prostíbulos de mala muerte de esos sitios. Entonces el Gabo ve la proximidad con estos pueblos del Caribe colombiano llenos también de influencia norteamericana, y siente desde muy joven la hondura de esa identidad.

Volviendo al tema de la masacre, que está recreada de manera magistral en *Cien años de soledad*, con nombres propios y con la transcripción literal del decreto del tristemente célebre coronel Carlos Cortés Vargas, jefe civil y militar de la zona, declarando a los huelguistas «cuadrilla de malhechores», debo decir que fue silenciada durante cincuenta años por los historiadores oficiales y los profesores de historia en los colegios y en las universidades colombianas.

Es decir, todos sabíamos que en 1928 había ocurrido esa masacre, pero nunca en los colegios se nos habló de estos acontecimientos. Se tapaba deliberadamente este y muchos otros hechos efectuados por la barbarie estatal.

Cuando alguien preguntaba por estas cosas al profesor, él evadía siempre el tema; pero afortunadamente, desde la década del sesenta, comenzó a producirse una revisión de nuestra historia y a funcionar una cátedra más libre, más amplia, en la que ya estos hechos y muchos otros están divulgados. Y, desde luego, gracias a novelas como *Cien años de soledad* y *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972) que recrearon estas horrendas realidades sociales.

¿Pero qué es esta zona? ¿Por qué era tan poderosa? ¿Qué significa esta zona donde nació García Márquez, donde se denomina Macondo? ¿Qué es en realidad?

Macondo es en primer lugar, y ante todo, un estado del alma. Macondo puede estar en Cuba, Australia, Cambodia o Surinam. Dicen que en todos los lugares del mundo los lectores se conmueven leyendo *Cien años de soledad* como si estuvieran reinventando su propio territorio.

Pero hablando en términos geográficos, Macondo es un territorio que comienza en Santa Marta, la capital del Magdalena, un bello puerto del Caribe colombiano que se extiende hacia el interior por vía férrea. El único tren que había entonces era uno moderno fabricado e instalado por norteamericanos, que recorría la zona bananera: Santa Marta, Ciénaga –que es la capital obrera, la ciudad obrera de donde salía la mayoría de los trabajadores de la zona–, Aracataca, Fundación, Sevilla y Tucurínca, poblados por donde fluían unos ríos con enormes piedras redondas y pulidas como huevos prehistóricos.

Me contaba hace poco García Márquez, aquí en La Habana, que cerca de la zona bananera, en la Ciénaga de Zapatosa, se ven muchas mariposas amarillas, y que los turistas extranjeros se enloquecen tomando fotos, descubriendo abismados el universo mítico de Macondo, y filman, y los directores de turismo dicen que realmente es un fenómeno, un milagro que ha acontecido, porque nunca había habido por allí tantas mariposas amarillas. Pero el Gabo sostiene que siempre las hubo, lo que pasa es que

nadie había caído en cuenta de ello hasta que Mauricio Babilonia apareció en la novela con las mariposas amarillas rondando el sitio de sus pasos...

Entonces en 1928 se llevó a cabo la mencionada masacre de las bananeras. Ustedes dirán por qué en todas las biografías de García Márquez aparece como nacido en 1928, cuando en realidad nació en 1927. Ya eso se sabe. Él toda la vida inventó, como buen fabulador, que había nacido en 1928, para acomodar la fecha, para ponerla como símbolo, para que coincidiera con el hecho histórico más importante, más cruel y más simbólico de la zona bananera, que es la masacre de los trabajadores de la zona ocurrida el 6 de diciembre de 1928.

Pero en realidad Gabriel García Márquez nació en Aracataca el 6 de marzo de 1927.

El abuelo materno de García Márquez era un veterano coronel de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), última contienda civil declarada en Colombia, en la que se enfrentaron los revolucionarios al mando del general Rafael Uribe Uribe y los llamados *legitimistas*, que defendían el régimen conservador imperante.

En 1902 se llegó a un acuerdo entre los contendientes. El primer paso para lograr la paz, sobre centenares de miles de muertos, se hizo a través del histórico Tratado de Neerlandia, el cual se llevó a cabo en la finca de ese nombre, situada en la zona bananera del Magdalena.

El general conservador Florentino Manjarrés nombró Parlamentario de Paz a un joven oficial llamado José María Valdeblánquez, que entonces contaba dieciocho años de edad, para que viajara en misión secreta hasta el campamento del general Uribe con la propuesta de armisticio. Aceptados los términos por Uribe, se firmó la paz en la citada hacienda bananera en octubre de 1902. En el momento solemne de la firma, el precoz mensajero de la paz se hallaba al lado del general Manjarrés. Al lado de Uribe

custodiaba el coronel Nicolás Ricardo Márquez, padre del joven Valdeblánquez.

Este acontecimiento ha sido contado por García Márquez en múltiples ocasiones. La última de ellas en su libro de memorias *Vivir para contarla* (2002). Nicolás Márquez tuvo muchos hijos antes y después de su matrimonio con Tranquilina (Mina) Iguarán Cotes, los que llevaron apellidos de sus respectivas progenitoras: José María y Carlos Alberto Valdeblánquez, Esteban y Elvira (Tía Pá) Carrillo, María Gregoria Ruiz, Sara Noriega y Remedios Núñez. Con Mina tuvo a Juan de Dios (Juanito), Margarita Miniata (fallecida en la infancia) y Luisa Santiaga, la futura madre del escritor. Es de anotar que entre todos los hijos del coronel Nicolás Márquez hubo siempre verdadera hermandad, armonía y abundante afecto.

Cuando nació Gabriel, sus padres viajaron a otros municipios de la costa caribeña, por lo que el niño se quedó al cuidado de los abuelos. Por un lado, Gabriel acompañaba al coronel a todas sus faenas y diligencias, mientras le oía contar anécdotas de la guerra o veía cómo pulía sus pececitos de oro en la oficina casera, o le acompañaba una vez a la semana al puerto en busca de una carta que jamás le llegó. Por otro lado, el niño, tímido y miedoso, escuchaba las conversaciones de su abuela Mina con las parientas y las sirvientas guajiras, en que se hablaba con mucha seriedad de los asuntos más irreales y de las supersticiones más inverosímiles.

En ese ambiente de realidad y ficción permanente se forjó la imaginación de este niño inteligente y receptivo, que años más tarde volcaría en las prodigiosas crónicas y novelas que le conocemos.

Al morir el abuelo en Santa Marta en 1937, el niño fue enviado a estudiar los primeros años de la secundaria en el Colegio de San José de Barranquilla, regentado por los padres jesuitas. Allí se destaca como buen alumno, al mismo tiempo que escribe coplas y versos festivos para el boletín escolar (1940-1943).

A los quince años obtiene una beca para estudiar al otro extremo del Caribe colombiano. Realiza un viaje a través del río Magdalena, desde Barranquilla hasta Puerto Salgar y La Dorada, en la región andina. Por vía férrea y terrestre llega a Bogotá, la capital del país, cuyo contraste con la costa resulta extremadamente fuerte para la sensibilidad del niño Gabriel.

En Bogotá ve a los cachacos –término con que se designa a los bogotanos, corteses y ceremoniosos– siempre vestidos de negro, con sombrero, bajo una llovizna persistente, más sombría aún por el hollín predominante, por lo que el niño se siente desolado y se agarra a llorar amargamente.

De Bogotá se dirige a la población de Zipaquirá, al norte del Departamento de Cundinamarca, famosa por la inmensa y hermosa Catedral de Sal, única en el mundo, donde ingresó al Liceo Nacional, en carácter de alumno interno, para terminar su bachillerato. La soledad de esos años llevó a Gabriel a concentrarse aún más en la lectura de los autores clásicos (Julio Verne, Emilio Salgari, Alejandro Dumas, Víctor Hugo...) y en la tentativa de hacer poemas de estructura tradicional y cuentos ingenuos.

En 1946 recibe el grado de Bachiller y al año siguiente ingresa a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, donde tiene como condiscípulos a Camilo Torres Restrepo, Luis Villar-Borda y Eduardo Santa, entre otros. Por esos días recibe el impacto de la lectura de *La metamorfosis* de Kafka, y bajo esa influencia escribe sus primeros cuentos.

En 1947 publica «La tercera resignación», cuento de clara estirpe kafkiana, en el suplemento Fin de Semana de *El Espectador*. Su inusitada imaginación, que hace que un niño siga creciendo y monologando dentro de un ataúd, provoca admiración entre el exigente círculo de intelectuales y escritores de la capital colombiana. Estimulado por esta recepción, publica nuevos cuentos al tiempo que descuida los estudios jurídicos.

El 9 de abril de 1948 es asesinado en pleno centro de Bogotá el caudillo Jorge Eliécer Gaitán, lo que precipita un multitudinario levantamiento popular con saldo de miles de muertos reprimidos por las fuerzas gubernamentales, y las labores normales quedan suspendidas por largas semanas. Gabriel abandona los estudios, viaja a Cartagena donde viven sus padres y hermanos, y se dedica al periodismo como redactor y articulista del diario *El Universal*, donde se da a conocer con su columna Punto Aparte.

Un año más tarde se radica en Barranquilla, puerto principal del Caribe colombiano y sede cultural importante. Ingresa a la redacción de *El Herald* donde escribe una columna diaria de comentarios literarios, culturales, sobre acontecimientos internacionales y de la vida cotidiana, titulada La Jirafa, que firma con el seudónimo de Séptimus, en homenaje a un personaje de Virginia Woolf.

En ese ambiente conoce al maestro catalán Ramón Vinyes, dueño de la librería Mundo, donde se reúnen jóvenes intelectuales y artistas (Álvaro Cepeda Samudio, Germán Vargas, Alfonso Fuenmayor, Orlando Rivera (Figurita), Alfredo Delgado, Julio Mario Santo Domingo, Alejandro Obregón, Jorge Child, Cecilia Porras y Vidal Echavarría, entre otros), con quienes intercambia conocimientos sobre las novelas de Joyce y la Woolf, Faulkner, Hemingway, Steinbeck..., lo mismo que cambian ideas sobre las técnicas del periodismo y la narrativa.

Entretanto, vive en un hotelucho al que llaman El Rasca-ciélos, donde también residen prostitutas y aventureros. Al término de su trabajo en el periódico y de la tertulia en la librería del sabio catalán, concurre con sus amigos a la tienda de la Negra Eufemia, donde la ficción y la realidad se confunden a través de las palabras y las vivencias nocturnas.

Con sus contertulios de parranda y periodismo funda *Crónica*, una revista literaria y deportiva. En ella Gabriel no solamente publica textos de su autoría, sino que ilustra con dibujos suyos otras publicaciones. Mientras, escribe

secretamente una novela sobre su familia, titulada *La casa*, notoriamente influido por la lectura de las novelas de Faulkner.

Esta novela es destruida pocos meses después; pero escribe otra que con el título de *La hojarasca* se dará a conocer años más tarde como excelente novelista en el ámbito nacional.

Esta obra la escribe Gabriel como un poseso, al final de las jornadas en *El Herald*, en los reversos de las hojas con las noticias internacionales. De manera paralela, su copiosa obra periodística va creciendo, logrando introducir en cada crónica y en cada comentario editorial pequeños ingredientes de literatura narrativa.

En enero de 1954 viaja a Bogotá llamado por el joven periodista Guillermo Cano, director de *El Espectador*, diario de la familia Cano, fundado en 1887 por el abuelo Fidel Cano. Allí García Márquez trabaja como comentarista cinematográfico y más tarde como cronista, editorialista y reportero. Con la experiencia del periodismo de palabra e información inmediatas, adquirida en *El Universal* de Cartagena y *El Herald*, *Crónica* y *El Nacional* de Barranquilla, realiza en el importante diario bogotano la más completa e intensa faena periodística de su primera juventud.

Entre las crónicas y reportajes más conocidos de su autoría en este período se destacan los textos sobre la vida de Ramón Hoyos Vallejo, cinco veces campeón nacional de ciclismo; «El Chocó que Colombia desconoce», sobre el olvidado y pobre Departamento, aunque rico en producción de oro y platino, donde predominan los habitantes de raza negra; «La marquesita de La Sierpe» y «La verdad sobre mi aventura», serie de catorce crónicas escritas en primera persona en las que un marino de la Armada colombiana cuenta su naufragio y odisea en el Mar Caribe durante diez días, y que quince años más tarde será publicada en libro con el título *Relato de un naufrago*.

Esta pequeña obra maestra del periodismo, escrita por un joven reportero de veintiocho años, enseña cómo puede contarse un hecho real con las técnicas y los malabares de la ficción literaria; pero, además, cómo de una odisea marina que podría hacer las delicias de los lectores, especialmente de los jóvenes, se puede desarrollar también un periodismo de denuncia.

En la edición posterior de las crónicas, García Márquez cuenta cómo se llevó a cabo este reportaje-entrevista que, al ser publicado en *El Espectador* en abril y mayo de 1955, agotó durante cada uno de los catorce días de su publicación las ediciones correspondientes del diario capitalino.

«Lo que no sabíamos ni el naufrago ni yo –escribe García Márquez– cuando tratábamos de reconstruir minuto a minuto su aventura, era que aquel rastreo agotador había de conducirnos a una nueva aventura que causó un cierto revuelo en el país, que a él le costó la gloria y su carrera y que a mí pudo costarme el pellejo».

La serie de episodios la firmaba Luis Alejandro Velasco, que tal era el nombre del marino. Cuando se publicó en forma de libro apareció con el nombre de su verdadero autor: Gabriel García Márquez. ¿Y el título? Un tanto desmesurado. En lugar de «La verdad sobre mi aventura», como había salido en el diario en 1955, se tituló *Relato de un naufrago que estuvo diez días a la deriva en una balsa sin comer ni beber, que fue proclamado héroe de la patria, besado por las reinas de la belleza y hecho rico por la publicidad, y luego aborrecido por el gobierno y olvidado para siempre* (Barcelona, Tusquets Editores, 1970).

«Mi primera sorpresa –explica el Gabo en el prólogo del libro– fue que aquel muchacho de veinte años, macizo, con más cara de trompetista que de héroe, tenía un instinto excepcional del arte de narrar, una capacidad de síntesis y una memoria asombrosas».

De manera que el reportero y el marino se dedicaron, en un período de seis horas diarias durante veinte sesiones, a trabajar con intensidad inusitada.

«Era tan minucioso y apasionante –recuerda el Gabo– que mi único problema literario sería conseguir que el lector lo creyera. No fue solo por eso, sino también porque nos pareció justo que acordamos escribirlo en primera persona y firmado por él».

La segunda sorpresa fue que no existió la tal tormenta, lo que fue confirmado por los servicios meteorológicos. «La verdad, nunca publicada hasta entonces, era que la nave dio un bandazo por el viento en la mar gruesa, se soltó la carga mal estibada en cubierta, y los ocho marineros cayeron al mar. Esa revelación implicaba tres faltas enormes: primera, estaba prohibido transportar carga en un destructor; segunda, fue a causa del sobrepeso que la nave no pudo maniobrar para rescatar a los naufragos, y tercera, era carga de contrabando: neveras, televisores, lavadoras. Estaba claro que el relato, como el destructor, llevaba también mal amarrada una carga política y moral que no habíamos previsto».

Fue así cómo Velasco se convirtió en «ex héroe», privado de todos los honores y hasta del trabajo, y el periodista colgando de un hilo por la persecución de la dictadura (del general Gustavo Rojas Pinilla, 1953-1957). El periódico se dio a la tarea de buscar a los compañeros de Velasco para recabar fotos tomadas durante el viaje.

«Una semana después de publicado en episodios, apareció el relato completo en un suplemento especial, ilustrado con las fotos compradas a los marineros. Al fondo de los grupos de amigos en alta mar se veían, sin la menor posibilidad de equívocos, inclusive con sus marcas de fábrica, las cajas de mercancía de contrabando. La dictadura acusó el golpe con una serie de represalias drásticas que habían de culminar, meses después, con la clausura del periódico». Y con el periodista exiliado en París.

Relato de un naufrago se inscribe en el género del relato periodístico –también llamado *periodismo literario*–, que cobra gran auge en los países anglosajones, especialmen-

te en Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo XX, y al que se dedicaron casi todos los escritores de la llamada *Generación perdida* (Ernest Hemingway, John Dos Passos, William Faulkner, John Steinbeck, Erskine Caldwell...), y años más tarde llevado a las más altas cumbres del género por autores como Norman Mailer, Gore Vidal, Truman Capote y el propio García Márquez, especialmente en su crónica *Noticia de un secuestro*.

El periodismo literario ha sido cultivado por muchísimos autores de nuestra lengua, en busca de trascender en plano meramente informativo y de comentario, y dotar sus textos de valores y esquemas literarios que lleven al lector a dimensiones más profundas de la simple y llana información.

En el caso del *Relato de un naufrago*, que está escrito en primera persona –el propio personaje narra lo ocurrido y nos ofrece todos los detalles de la historia, objetivos y subjetivos de la trama y de la acción–, el lector puede percibir de manera inmediata la mano del escritor-periodista detrás de los minuciosos pormenores, incluso psicológicos, que nos ofrece el marino-narrador.

Se trata en este caso de una tarea harto difícil, tanto o más que la una obra de ficción, ya que el periodista debe ceñirse con absoluta fidelidad a los datos aportados por el protagonista.

Claro está que esos datos que integraron la forma literaria del relato fueron organizados por el joven reportero García Márquez –narrador nato desde años atrás–, guiando por una parte la memoria de su entrevistado, extrayéndole hasta el menor detalle, y por otra, dándole un orden y una progresión coherentes, de modo que adquiriera dimensiones y profundidades altamente humanas y éticas, hasta convertir el relato en una verdadera narración literaria, sin que por eso dejara de ser una crónica periodística.

Cabría ahora recordar el experimento llevado a cabo por Truman Capote en su obra estelar *A sangre fría* (1965),

a la que llamó con sobrada razón «novela sin ficción». A partir del relato confesional de dos criminales, el autor reconstruye el crimen realizado por ellos a una familia de clase media norteamericana, con todos sus antecedentes y las circunstancias que lo rodearon, incluidas las condiciones meteorológicas, el color de las ropas, las sensaciones más insignificantes, la personalidad de cada uno de los implicados –todo ello abonado con investigaciones adicionales a fin de verificar la exactitud de las informaciones y enriquecidas con los datos no aportados por los protagonistas–, en fin, todo un minucioso recuento de lo ocurrido. Esto, en más de trescientas páginas que se leen como una amena crónica policial o como una novela fantástica.

Y eso es precisamente lo que hace García Márquez en los catorce episodios de su maravillosa aventura periodística. Las horas, las fechas, el estado del tiempo, las características del accidente, la naturaleza de la carga y un sinfín de detalles aparentemente intrascendentes, son los datos que aportan la veracidad que el lector encuentra a todo lo largo de la historia. Todo ello sin olvidar la parte humana, el estado psicológico del naufrago en cada momento de la odisea, la que a veces nos hace recordar momentos de *Moby Dick* de Melville y de *El viejo y el mar* de Hemingway, tanto por el escenario marino como por la tenacidad con que lucha el personaje contra la adversidad y por su seguridad en el triunfo de la vida.

García Márquez logra transmitir en su crónica esa voluntad sobrehumana del héroe sobreponiéndose a todas las vicisitudes, en la lucha constante por sobrevivir.

En este sentido, el *Relato de un naufrago* es algo más que la crónica de un naufragio y los consecuentes avatares del protagonista por sobrevivir. Es, además, una lección sobre la capacidad del ser humano para vencer las más terribles pruebas de la naturaleza y para superar los más difíciles contratiempos, y al mismo tiempo, una forma de poner de manifiesto con su capacidad potencializada y su

tenacidad los más altos valores de eso que denominamos *condición humana*.

Ante la persecución desatada por el gobierno militar, mediante amenazas soterradas contra el reportero García Márquez, los directivos de *El Espectador* deciden enviarlo al exterior. Meses atrás ha obtenido el Primer Premio de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia, con su cuento titulado «Un día después del sábado», y en mayo de 1955 publica su primera novela, *La hojarasca*, bajo el sello editorial de S.L.B., iniciales de Samuel Lisman Baum, un misterioso editor judío que a las pocas semanas desaparece, dejando en un depósito la totalidad de ejemplares de la novela junto con otros libros editados por él (de León de Greiff, Manuel Zapata Olivella, Jaime Ibáñez y Carlos Castro Saavedra, entre otros).

El joven reportero de veintiocho años llega a Ginebra, Suiza, a fin de cubrir para *El Espectador* la Conferencia de los Cuatro Grandes –Eisenhower, Eden, Bulganin y Auriol–, de donde se derivan varias crónicas certeras y picantes, y de allí se dirige a Roma. En Italia alterna su función de corresponsal del diario bogotano con la de alumno del Centro Sperimentale di Cine. Este curso, orientado por el genial guionista y director Cesare Zavattini, colma una constante aspiración del colombiano: agregar a su fantasioso mundo narrativo el cinematográfico, del que ha dado muestras rotundas con sus comentarios cotidianos sobre el séptimo arte en *El Espectador*.

El curso de dirección de cine dura un año. También, en diferentes fechas, están cursando en el mismo centro en Roma sus estudios iniciales del arte del celuloide los jóvenes cubanos Tomás Gutiérrez Alea y Julio García Espinosa, y el argentino Fernando Birri, quienes junto con García

Márquez coincidirán treinta años después en la creación de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano en La Habana y de la Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños.

Al terminar el curso, García Márquez se traslada a París. Desde allí continúa enviando puntualmente textos, crónicas y reportajes para el diario bogotano, y al mismo tiempo escribe febrilmente una novela en la que la poética emblemática de *La hojarasca* es remplazada por un realismo dramático más acorde con la realidad inmediata de Colombia.

Son años febriles de militancia política, en los que los cafés de la orilla izquierda parisiense hierven de exiliados latinoamericanos que conspiran día y noche contra las dictaduras militares de sus respectivas naciones, y en donde crece la admiración por la Unión Soviética y la naciente China, en medio de un aire enrarecido por la llamada *guerra fría*.

Aprovechando circunstancias diversas, García Márquez se desplaza por varias ciudades europeas, y enriquece ávidamente su obra periodística. Conoce la legendaria Venecia, se interna en Viena, entonces un espeso nido de espionaje universal, y de allí pasa a Polonia y a Checoslovaquia.

En 1956 la dictadura militar de Rojas Pinilla clausura *El Espectador*, y el joven García Márquez se queda cruzado de brazos, sin un centavo, acosado por el hambre y las dificultades elementales para sobrevivir en un mundo desconocido y hostil. Son tiempos duros en los que escribe incansablemente como única manera de enfrentar la depresión y la soledad.

Sus amigos del diario de Bogotá le habían prometido que le girarían un dinero para que pudiese subsistir durante algún tiempo. Entretanto, el escritor se refugió en la buhardilla de un hotelucho de mala muerte en los suburbios de París. Solo salía de allí cada lunes cuando bajaba a la recepción para preguntar si había llegado el giro.

El dinero de Colombia no llegaba. Entonces García Márquez recordó las tardes de fin de semana cuando acompañaba a su abuelo al puerto de las lanchas en busca de la carta con la pensión prometida, carta que jamás llegaba, lo que ocasionaba en el niño una recurrente risa burlona.

Ahora en París, bajo un crudísimo invierno decembrino, el escritor vivía un momento similar, solo que la risa infantil se le había convertido en un presente brutal.

Entonces decidió encerrarse en su buhardilla y olvidarse por algún tiempo de la novela en la que se hallaba concentrado para trasladarse mentalmente a su Aracataca natal, y así dar comienzo a una novela que expresase de manera certera y leal la dramática realidad por la que estaba pasando.

Fue así cómo brotó su célebre obra *El coronel no tiene quien le escriba*, novela que escribió once veces antes de ponerle punto final y darla a conocer a sus lectores, y en la que hace notar una asimilada influencia del estilo preciso y mesurado de Ernest Hemingway, poniendo freno a la ficción poética propia de William Faulkner, que había influido notoriamente en su novela anterior.

En 1957 y 1958 García Márquez realiza un recorrido por los países socialistas de Europa del este, en compañía del periodista Plinio Apuleyo Mendoza. Conoce la República Democrática Alemana y Hungría. De nuevo en París, se encuentra con su amigo el novelista Manuel Zapata Olivella, quien dirige el grupo de danzas folclóricas de su hermana Delia. El conjunto se prepara para asistir al VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, que había de celebrarse en Moscú.

Zapata Olivella, conociendo la curiosidad política y periodística de su viejo amigo, no vacila en integrarlo al conjunto folclórico en calidad de maraquero, y así parten para la capital soviética en un accidentado viaje por los territorios del este europeo que más tarde hará las delicias de los lectores de García Márquez, cuando da a conocer su

serie de crónicas sobre estas estancias en el mundo socialista en la revista *Cromos* de Bogotá.

Algunas de ellas son verdaderas obras maestras del periodismo. Allí se muestra certero, agradable y crítico. Sus títulos de por sí atraen al más desprevenido de los lectores: «URSS: 25 000 kilómetros cuadrados sin un solo aviso de Coca-Cola», «Yo visité Hungría» –publicada en los momentos en que el ejército soviético acababa de aplastar un levantamiento popular–, «En Checoslovaquia las medias de nylon son un artículo de lujo», «En el mausoleo de la Plaza Roja, Stalin duerme sin remordimientos», etc.

Estos artículos se publicaron en 1959 en diversas revistas de Colombia y Venezuela. En forma de libro, *De viaje por los países socialistas* se publicó en Bogotá en 1976. También aparecen en su totalidad en *Obra periodística. De Europa y América*, compilación realizada por Jacques Gilard, publicada en 1981-1982.

En la navidad de 1957 García Márquez se traslada a Londres y de allí pasa a Caracas, Venezuela, donde trabaja en diversos medios periodísticos como la revista *Momento* y los periódicos *El Nacional* –dirigido por Miguel Otero Silva–, *Élite* y *Venezuela Gráfica*.

En Caracas escribe algunos de sus mejores cuentos: «La siesta del martes», «En este pueblo no hay ladrones» y «Un día de estos».

En enero de 1958 vive como reportero los días cruciales de la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, cuyos textos recoge en un volumen titulado *Cuando era feliz e in-documentado*.

En marzo de ese año hace un viaje fugaz a Barranquilla, Colombia, y allí se casa con su novia de siempre, Mercedes Barcha Pardo, con quien se traslada a Venezuela. En la capital sigue trabajando en labores periodísticas y escribe los cuentos «La viuda de Montiel», «La prodigiosa tarde de Baltasar», «Rosas artificiales», y da los primeros trazos a «Los funerales de la mamá grande».

Entretanto, en Bogotá, la revista *Mito*, dirigida por el poeta Jorge Gaitán Durán, publica *El coronel no tiene quien le escriba*. También se publican textos suyos en *Cromos* y *Sucesos*, este último periódico dirigido por el poeta Rogelio Echavarría.

El 1 de enero de 1959 se proclama en Cuba el triunfo revolucionario de Fidel Castro y los heroicos combatientes de la Sierra Maestra contra la sangrienta tiranía de Fulgencio Batista.

García Márquez, Plinio Apuleyo Mendoza y otros periodistas suramericanos se trasladan a La Habana y asisten a los actos fundacionales de la revolución. De regreso a Bogotá organizan la agencia cubana de noticias Prensa Latina. A esa función dedica el escritor sus mejores energías.

A mediados del año nace su primer hijo, Rodrigo, y el Gabo alterna sus labores periodísticas con las de escritor y narrador. Retoma su antiguo proyecto novelístico comenzado en París y lo convierte en una novela realista, algo así como «la dictadura de Rojas Pinilla en un pueblo», según sus propias palabras, que años después ganará el Premio Literario Esso y se titulará *La mala hora*.

En 1960 el Gabo es trasladado a la agencia en Nueva York. Allí es permanentemente hostilizado por los enemigos de la revolución y más tarde, por contradicciones internas con empleados de la agencia, decide retirarse de ella y trasladarse a Ciudad de México, donde se instala con Mercedes y su pequeño hijo, no sin antes realizar con ellos un recorrido en automóvil por los territorios de William Faulkner al sur de Estados Unidos.

A México llega el 2 de julio de 1961, exactamente el mismo día en que se conoce la noticia del suicidio de Ernest Hemingway. El Gabo escribe su famoso texto periodístico «Un hombre ha muerto de muerte natural». Veinte años después, el narrador colombiano escribirá una remembranza de su llegada a la capital azteca, en la cual encontramos estas precisiones:

«La fecha no se me olvidará nunca, aunque no estuviera en un sello de pasaporte inservible, porque al día siguiente muy temprano un amigo me despertó por teléfono y me dijo que Hemingway había muerto. En efecto, se había desbaratado la cabeza con un tiro de fusil en el paladar, y esa barbaridad se quedó para siempre en mi memoria como el principio de una nueva época [...]. Llegamos a la Ciudad de México un atardecer malva, con los últimos veinte dólares y sin nada en el porvenir. Solo teníamos cuatro amigos. Uno era el poeta Álvaro Mutis, que ya había pasado las verdes en México, pero que todavía no había encontrado las maduras [...]. El cuarto era el escritor Juan García Ponce, a quien había conocido en Colombia como jurado de un concurso de pintura. Fue él quien me llamó por teléfono tan pronto supo de mi llegada, y me gritó con su verba florida: "El cabrón de Hemingway se partió la madre de un escopetazo". Ese fue el comienzo exacto –y no las seis de la tarde del día anterior– en que llegué de veras a la Ciudad de México».

En México se dedica a trabajar en cine y publicidad. Termina su volumen de cuentos *Los funerales de la mamá grande* y la novela *La mala hora*. (Esta se llamará inicialmente *Sin título*, con el que ganará el Premio de Novela Esso en Bogotá, 1962, y más tarde *Este pueblo de mierda*).

El día en que García Márquez recibe la noticia de que había ganado el premio, consistente en 25 000 pesos colombianos, nació su segundo hijo Gonzalo, por lo que el Gabo comentó con júbilo: «Llegó con su pan bajo el brazo».

Tanto *Los funerales de la mamá grande* como *La mala hora* serán publicados por la Universidad Veracruzana en 1962 y 1966 respectivamente.

Vinculado al mundo cinematográfico mexicano, conoce a Luis Buñuel. El Gabo le enseña sus primeros guiones, y el genial director español los desdeña. Pero Gabriel insiste. Buñuel torna a criticarlos. Un buen día, irritado, el colombiano le dice: «¡Lo que pasa es que usted no sabe

nada de cine!», a lo que el autor de *Un perro andaluz* y *Viridiana*, responde tranquilamente: «En cuarenta años, es la única persona en el mundo que me ha dicho la verdad». Ese día nace entre los dos una sólida amistad, a tal punto que en la película *En este pueblo no hay ladrones*, basada en el famoso cuento de García Márquez y dirigida por Alberto Isaac, Buñuel hará el papel de cura, en tanto que el propio Gabo será el taquillero de un cine de pueblo. En esa pequeña joya del cine también actúan Juan Rulfo, Eleonora Carrington, José Luis Cuevas, Carlos Monsivais y Abel Quezada.

Entretanto, el colombiano prepara su primer guión cinematográfico: *Tiempo de morir*, que bajo la dirección de Arturo Ripstein, Jr. se estrenará con honores en Bogotá y Cartagena en 1965. Con Carlos Fuentes escribe el guión basado en el texto *El gallo de oro*, de Juan Rulfo, y colabora en innumerables películas mexicanas durante esos primeros años de la década del sesenta.

Los primeros cinco años en México son aparentemente años de esterilidad literaria. Algunos dirán que García Márquez trata de sublimar ese «infierno exquisito» escribiendo guiones y argumentos para el cine, notas para revistas frívolas y textos publicitarios.

Es posible que fuera cierto. Un día, mientras se dirigía a Acapulco con su familia para disfrutar de una semana de vacaciones, sintió una súbita iluminación en la mente: algo en lo más profundo del inconsciente le reveló que la totalidad de la historia de Macondo, su pueblo mítico, podía contarla con la misma forma narrativa con que su abuela materna contaba las historias de su cotidianidad.

Sin más procedimientos técnicos ni asimilaciones forzadas de sus maestros literarios, podría contar de manera infinita los mil y un acontecimientos reales y ficticios que desde hacía más de veinte años guardaba en su cabeza y se moría por contarlos.

García Márquez no vaciló un solo instante. Le explicó a su esposa de manera rápida la epifanía que acababa de sentir y dio un viraje al automóvil rumbo a la Ciudad de México.

Canceló trabajos y compromisos, se encerró en su estudio de la Calle 19 en San Ángel Inn, y después de planear cuidadosamente la estructura de la novela, se sumergió día y noche durante dieciocho meses –entre julio de 1965 y marzo de 1967–, dejando en manos de Mercedes el mantenimiento de la casa, quien tuvo que empeñar los electrodomésticos y fiar más de una vez el mercado familiar.

Cuando terminó de escribir la prodigiosa saga de los Buendía, envió el original al editor argentino Paco Porrúa, director de la Editorial Sudamericana de Buenos Aires, quien quedó deslumbrado cuando terminó de leer los primeros capítulos. El 30 de mayo de 1967 apareció la primera edición de *Cien años de soledad*, la que se agotó durante las semanas iniciales. El éxito mundial, no solo en lengua española, sino en las principales lenguas del mundo, es inatajable.

Desde la publicación de la novela, los críticos y lectores comienzan a hablar del «realismo mágico», o sea, el conjunto de asuntos aparentemente irreales, que por ejemplo, para un europeo, resultarían totalmente inverosímiles. Esto es producto de la multiplicidad de razas, etnias y costumbres existentes en América Latina; pero específicamente en un país como Colombia, en el que confluyen habitantes, leyendas, mitos y hábitos del Caribe, la Cordillera de los Andes, el Amazonas, los Llanos Orientales, el Océano Pacífico, el Chocó afroamericano, la montaña antioqueña y las juglarías vallenatas.

Todo lo anterior suma una riquísima imaginería popular, llena de ficciones y realidades que provienen de ancestros africanos, moriscos, judíos, españoles, indígenas y sajones.

Cien años de soledad, desde el punto de vista histórico, y Macondo, desde el geográfico, son un comprimido que en sí contiene todos estos elementos y aun otros de la

cosecha de García Márquez, recogidos de esa siembra multifacética.

Así, en una narración en apariencia lineal, el lector se va dando cuenta de que el tiempo se ha detenido, o que transcurre a saltos de rana, unas veces hacia adelante, otras hacia atrás, y una y otra vez nos hallamos de pronto en el punto de partida.

Y así continuamente se dan adelantos de lo que va a ocurrir o antecedentes de lo que sucede en un instante del que nunca estamos seguros de si es este, el de más allá u otro cualquiera que nos obliga a mantenernos en una alerta constante, y nos sumerge en un mundo que termina por ser el nuestro sin que apenas nos demos cuenta.

Es el mecanismo de la memoria, individual y colectiva, que recuerda sin orden ni concierto aparentes, pero ceñida a una lógica inviolable. Todo está ahí, solo que no se presenta a través de una organización cronológica, sino a trancos, obedeciendo a estados de ánimo, a estímulos tanto externos como internos.

Cada personaje está encerrado en sí mismo aunque participe de la vida de todos los demás. Cada uno tiene su universo propio, que a la vez influye sobre el de los otros, y viceversa; pero las relaciones están siempre signadas por el hecho de que la soledad de todos y la de cada uno gira en círculos concéntricos, o mejor, en un solo círculo que envuelve a los demás, y desde luego, a nosotros los lectores, que de una u otra manera pasamos también a ser parte de Macondo.

La fama universal corona a Gabriel García Márquez. La vida se parte en dos, y para escapar al precio de la celebridad, se ve obligado a viajar a España y radicarse en Barcelona, ciudad donde vivirá con su familia durante ocho años.

Entre 1967 y 1975 sus libros se reeditan. Pablo Neruda declara que «*Cien años de soledad* es el Quijote de América», y años después, cuando le es concedido el Premio Nobel al chileno, dice que García Márquez es quien merecía el galardón.

Por su parte, el novelista peruano Mario Vargas Llosa hace un viaje al corazón de Macondo, investiga archivos y bibliotecas en Colombia, indaga amistades y familiares del escritor de Aracataca, y en 1971 da a la luz un voluminoso ensayo titulado *García Márquez. Historia de un deicidio*.

En 1970 publica el *Relato de un naufrago* y dos años más tarde da a conocer un libro con siete cuentos, escritos para adolescentes, con el estilo periodístico y al mismo tiempo cautivante en su reinención de la realidad, que lo caracteriza. Se titula *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, en el que se destacan relatos como «Un señor muy viejo con unas alas enormes», llevado al cine bajo la dirección de Fernando Birri; «El ahogado más hermoso del mundo» y «El último viaje del buque fantasma». En este cuento García Márquez experimenta la prosa de múltiples voces en un solo párrafo extensísimo, que luego llevaría a territorios narrativos más vastos como en la novela *El otoño del patriarca*.

Para la redacción de esta obra de ambiente caribeño, el Gabo hace una minuciosa travesía por las islas del Caribe, pasando por Surinam, Guyana, Venezuela y el Caribe colombiano.

En la década del setenta García Márquez recibe diversos reconocimientos. Al delirio políglota por su obra se suman doctorados como el Honoris Causa otorgado por la Universidad de Columbia, en Nueva York, el Premio Chianchiano en Italia y el Premio al Mejor Libro Extranjero en Francia.

Durante estos años vuelve al periodismo y ejerce una decisiva influencia en América Latina y el Caribe, a través de sus escritos políticos y su «periodismo militante». Vuelve a Colombia y funda en Bogotá la revista *Alternativa*, en donde da a conocer sus textos y crónicas sobre asuntos sociopolíticos del tercer mundo. Y es en esa misma época cuando declara su adhesión cotidiana a la revolución cubana.

En 1972 recibe en Caracas el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos por *Cien años de soledad*. El 2 de

agosto de ese año, en ceremonia pública, recibe el galardón y enseguida hace pública donación del monto al Movimiento al Socialismo (MAS), partido de orientación marxista dirigido por Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez. Por esta misma época, en Venezuela le publican su libro *Cuando era feliz e indocumentado*, que reúne crónicas escritas durante su estancia en el país bolivariano.

Estrecha sus lazos de amistad con el Comandante en Jefe Fidel Castro, con Omar Torrijos, Julio Cortázar, Graham Greene, y multiplica sus actividades periodísticas y políticas a favor de los sandinistas en Nicaragua.

En 1975, luego de la publicación de *El otoño del patriarca*, García Márquez y su familia retornan a su casa de México. Durante la segunda mitad de la década viaja a Angola y escribe sobre la Operación Carlota (los cubanos en Angola). La izquierda de su país lo proclama candidato presidencial, pero el escritor rechaza el ofrecimiento alegando «timidez para hablar en público».

Entretanto, en Bogotá, el Instituto Colombiano de Cultura (COLCULTURA) publica una selección de textos periodísticos del novelista, titulada *Crónicas y reportajes*, bajo la dirección del poeta, ensayista e investigador literario Juan Gustavo Cobo Borda.

En 1976, en una sala de cine de Ciudad de México, el Gabo es agredido físicamente por el escritor peruano Mario Vargas Llosa –de quien lo separa una seria divergencia ideológica– por razones personales nunca reveladas.

En 1977 acompaña al general Torrijos a Washington a la ceremonia de la firma de devolución del Canal de Panamá. Como en años anteriores el gobierno norteamericano le ha negado la visa. Torrijos lo disfrazaba –lo mismo que a Graham Greene– de oficial panameño y así logra burlar a la inmigración gringa.

Viaja a la Unión Soviética, a países de Europa oriental y a Vietnam. Reasume su viejo oficio de columnista de opinión en el diario *El Espectador* de Bogotá, y publica libros y folletos como *De viaje por los países socialistas*, *La bata-*

lla de Nicaragua, Los sandinistas y Así es Caracas. Por esos días, bajo la dirección del cineasta mexicano Jaime Humberto Hermosillo, se filma *María de mi corazón*, con guión y argumento del autor colombiano.

Dirige una entidad de carácter humanitario llamada Habeas, que lo lleva a entrevistarse con el rey Juan Carlos de España. Durante su visita al papa Juan Pablo II, García Márquez y el sumo pontífice se quedan encerrados, sin llaves, en la Biblioteca Vaticana.

En 1980 viaja a Nicaragua para participar en la celebración del primer aniversario del triunfo de la revolución sandinista. Allí se encuentra con los presidentes Fidel Castro, Yasser Arafat y Daniel Ortega, y departe con Tomás Borge Martínez, Ernesto Cardenal y Sergio Ramírez. De regreso a Colombia comienza a publicar una columna semanal en *El Espectador* de Bogotá, la que aparece de manera simultánea en otros diarios del mundo.

Estando en la capital colombiana, a principios de 1981, García Márquez se asila en la embajada de México en Colombia, tras conocer una amenaza de allanamiento a su residencia, acusado de guardar armas para la guerrilla del M-19. Ese mismo año el presidente de Francia, François Mitterrand, le otorga la Orden de la Legión de Honor, en el grado de Comendador, y publica su novela *Crónica de una muerte anunciada*, magistral recreación de una historia real, en la que el Gabo da una lección de cómo se puede escribir bien una crónica roja y una novela policial.

Publica también un hermoso y patético cuento titulado «El rastro de tu sangre en la nieve» –recogido años después en *Doce cuentos peregrinos*–, y el primer volumen de su *Obra periodística*, titulado *Textos costeños*, fruto de la investigación y compilación del profesor francés Jacques Gilard.

En 1982 y 1983 aparecen la segunda y tercera parte de su *Obra periodística*, con los nombres de *Entre cachacos* y *De Europa y América*, y un texto de conversaciones con

su colega y amigo Plinio Apuleyo Mendoza, titulado *El olor de la guayaba*.

El 21 de octubre de 1982 Colombia y el mundo vibraron de emoción unánime al conocerse la noticia de que Gabriel García Márquez había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura en reconocimiento a su obra creadora. Entretanto, el gobierno cubano le otorga la Orden Félix Varela. El 10 de diciembre del mismo año, el Gabo hizo en Estocolmo un *Brindis por la poesía*, y pronunció también un discurso que se conoce como *La soledad de América Latina*. Allí, el novelista y periodista colombiano expresó:

«América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental. No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 000 leguas de nuestra casa; pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad. Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos

y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como para aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre estos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no solo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios». Y culmina diciendo:

«Es por ello apenas natural que me interrogara, allá en el trasfondo secreto en donde solemos trasegar con las verdades más esenciales que conforman nuestra identidad, cuál ha sido el sustento constante de mi obra, qué pudo haber llamado la atención de una manera tan comprometedora a este tribunal de árbitros tan severos. Confieso sin falsas modestias que no me ha sido fácil encontrar la razón, pero quiero creer que ha sido la misma que yo hubiera deseado. Quiero creer, amigos, que este es, una vez más, un homenaje que se rinde a la poesía. A la poesía por cuya virtud el inventario abrumador de las naves que numeró en su *Ilíada* el viejo Homero está visitado por un viento que las empuja a navegar con su presteza intemporal y alucinada. La poesía que sostiene, en el delgado andamiaje de los tercetos del Dante, toda la fábrica densa y colosal de la edad media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en las *Alturas de Macchu Picchu* de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos. En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de

mi devoción por sus virtudes de adivinación y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía».

Después de la obtención del Premio Nobel, García Márquez vive y escribe, repartiendo su tiempo entre la Ciudad de México, La Habana, Cartagena de Indias y Bogotá.

Dedica todas sus energías al periodismo testimonial y publica un guión cinematográfico titulado *El secuestro*, basado en acciones de los sandinistas contra la cruenta dictadura de Anastasio Somoza Debayle en Nicaragua. El cineasta colombiano Jorge Alí Triana estrena una nueva versión de *Tiempo de morir*, y la Editorial Seix Barral de Barcelona publica en dos volúmenes *Narrativa completa de Gabriel García Márquez*.

A finales de 1985 aparece en Oveja Negra de Bogotá su novela *El amor en los tiempos del cólera*, considerada por el propio autor como su mejor logro narrativo.

Al año siguiente se traslada a La Habana, y con el apoyo entusiasta del Comandante en Jefe Fidel Castro preside la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y más tarde funda la Escuela Internacional de Cine y Televisión, de San Antonio de los Baños, donde se capacitan en todos los secretos del «séptimo arte» millares de estudiantes de América Latina, el Caribe y el resto del tercer mundo.

Publica una crónica titulada *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*, considerada una obra maestra del género periodístico y a la vez una sátira a la grotesca y sangrienta dictadura de Augusto Pinochet. El escritor anglo-hindú Salman Rushdie saluda el libro como «una cola de asno para Pinochet».

En 1987 intelectuales y lectores en Europa y las Américas celebran el vigésimo aniversario de la publicación de *Cien años de soledad*, y ese mismo año termina de escribir su primera obra de teatro, *Diatriba de amor contra un hombre sentado*, que solo se estrenará hasta 1994, y se proyectan las series filmadas de *Amores difíciles* y la película *Crónica de una muerte anunciada*, dirigida por el realizador italiano Francesco Rossi.

Durante un viaje a la Unión Soviética sostiene un encuentro con el presidente Mijaíl Gorbachov, quien ha manifestado en varias oportunidades su admiración por el escritor colombiano. Al estrecharle la mano, el autor de *Cien años de soledad* le expresa: «Es la primera vez que un secretario general del Partido Comunista soviético es más joven que yo».

Al terminar la década del ochenta se estrena la película *Un señor muy viejo con unas alas enormes*, dirigida por el poeta y realizador argentino Fernando Birri. El colombiano Cobo Borda edita *Los cuentos de mi abuelo el coronel*, y el 6 de marzo de 1989, día de su cumpleaños 62, aparece su novela *El general en su laberinto*, basada en los últimos días del Libertador Simón Bolívar. Este libro enciende arduas polémicas a todo lo largo del continente americano.

La década del noventa es de gran actividad literaria y periodística para el escritor. En La Habana el poeta Víctor Rodríguez Núñez publica *La soledad de América Latina. Escritos sobre arte y literatura, 1948-1984*; en Madrid, España, aparece *Notas de prensa, 1980-1984*, como cuarto volumen de su *Obra periodística*, y el libro *Doce cuentos peregrinos*, en donde muchos de los relatos allí incluidos resultan ser variaciones de crónicas y noticias publicadas años atrás en periódicos.

En 1993 funda y dirige en Cartagena de Indias la Escuela de Nuevo Periodismo Latinoamericano, con miras a formar periodistas ágiles, modernos, carentes de prejuicios académicos y anquilosamientos sectarios; porque como bien dice el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince,

hay dos facetas fundamentales en García Márquez, «por un lado, el cronista vital de lo inmediato, preciso y minucioso, que hace un uso certero de cifras, horas y fechas, con un respeto maniático por los detalles, y por el otro, el narrador que reinventa el tiempo con sus cronologías circulares, con sus eternos retornos, sus conversaciones de difuntos y sus maravillosas desmesuras. Estas desmesuras, sin embargo, no son caballos desbocados. Al contrario, el gran narrador traslada del periodismo a la literatura muchas armas de la verosimilitud: es más fácil creer en lo maravilloso, en lo inventado, si alguien nos lo cuenta con precisión de cronista».

En 1994 publica una nueva novela, *Del amor y otros demonios*, donde hace gala una vez más de un estilo elegante y ameno, y en el que, también, una vez más, la realidad «real» y la realidad ficticia se confunden en una deliciosa totalidad narrativa en que se pierden los linderos de la novela y del periodismo.

En 1996 García Márquez publica *Noticia de un secuestro*, su obra periodística más completa y extensa, un libro en el que su autor despliega todo lo mejor de sus energías como reportero y narrador.

En ella, el Gabo reconstruye minuciosamente, con lujo de detalles, los secuestros de Diana Turbay Quintero, periodista, hija del ex presidente Julio César Turbay Ayala, desafortunadamente muerta durante el operativo de rescate; Maruja Pachón de Villamizar; Francisco Santos Calderón, entonces jefe de redacción del diario *El Tiempo*, hoy vicepresidente de Colombia, y otros destacados periodistas y personalidades de la vida nacional.

En este libro, verdadera obra maestra del periodismo universal, los acontecimientos de la realidad se confunden con los de la ficción para felicidad del lector, pues cada detalle de los secuestros son relatados con tal veracidad que parecen mentira.

Con *Noticia de un secuestro* el Gabo consolida su convicción de que el periodismo es un género perteneciente al reino de la literatura. Recordemos que ya antes había publicado un relato –de un náufrago– y una crónica –de una muerte anunciada.

El 28 de agosto de 1999 el lector Camilo González Díaz le pregunta en carta publicada en la revista *Cambio*, si por lo anterior se podría esperar de García Márquez un libro que sea una entrevista. La respuesta del Gabo es rotundamente negativa. Pero aclara: «He omitido a conciencia la entrevista como género, porque siempre la he tenido aparte, como esos floreros de las abuelas que cuestan una fortuna y son el lujo de la casa, pero nunca se sabe dónde ponerlos; sin embargo, es imposible no reconocer que la entrevista, no como género sino como método, es el hada madrina de la que se nutren todos; pero no me parece un género en sí misma, como no me parece tampoco que lo sea el guión en relación con el cine». Y agrega:

«Mi problema original como periodista fue el mismo de escritor: cuál de los géneros me gustaba más, y terminé por escoger el reportaje, que me parece el más natural y útil del periodismo, el que puede llegar a ser no solo igual a la vida, sino más aún: mejor que la vida. Puede ser igual a un cuento o una novela, con la única diferencia, sagrada e inviolable, de que la novela y el cuento admiten la fantasía sin límites, pero el reportaje tiene que ser verdad hasta la última coma. Aunque nadie lo sepa ni lo crea. Nunca se aprenderá a distinguir a primera vista entre reportaje, crónica, cuento y novela. Pregúnteselo a los diccionarios y se dará cuenta de que son los que menos lo saben. Es un problema de métodos: todos los géneros mencionados tienen sus puertos de abastecimiento en investigaciones y testimonios, en libros y documentos, en interrogatorios y encuestas, y en la creatividad torrencial de la vida cotidiana. Y sobre todo en entrevistas hechas no para publicar dentro de los formatos convencionales del género, sino como viveros de creación y de vida de todos los otros. Y

dicho esto habría que reconocer que la entrevista es el género maestro, porque en ella está la fuente de la cual se nutren todos los demás. Esto podría ser una demostración más de que las definiciones de los géneros periodísticos son aproximadas o confusas; pero la finalidad primordial de todos es que el lector conozca a fondo hasta los pormenores ínfimos de lo que pasó. Todos ellos comparten entre sí la misión de comunicar, y el problema esencial de los comunicadores no es ni siquiera que nuestro mensaje sea verdad, sino que nos lo crean».

En lo referente a su libro *Noticia de un secuestro*, García Márquez expresa lo siguiente:

«*Noticia de un secuestro* es en efecto la reconstrucción completa de una noticia espantosa que estuvo viva y dinámica en Colombia durante doscientos sesenta y dos días, por los secuestros continuados de diez personas importantes con una finalidad única: impedir que la Asamblea Constituyente aprobara la extradición de colombianos a Estados Unidos. La clasificación estructural sería válida como un reportaje puro, porque todos los datos son verídicos y comprobados; pero también el título se puede sostener, porque es una sola noticia basta y compleja desde sus orígenes primeros hasta sus últimas consecuencias». Y termina diciendo:

«No usamos grabadoras, porque las mejores de aquel tiempo eran tan grandes y pesadas como una máquina de coser, y el hilo magnético se embrollaba como cabellos de ángel. Aún hoy sabemos que son muy útiles para recordar; pero nunca hay que descuidar la cara del entrevistado, que puede decir mucho más que su voz, y a veces todo lo contrario. En el caso de *Relato de un naufrago* tuve que tomar notas en un cuaderno de escuela y eso me obligó a no perder una palabra ni un matiz de la entrevista, y a tratar de profundizar a cada paso. Gracias a esos cuidados tropezamos de pronto con la causa del desastre, que hasta entonces no se había dicho: la sobrecarga de aparatos domésticos mal estibados en la cubierta de una nave de

guerra. ¿Qué fue esto sino una entrevista exhaustiva en más de veinte horas de interrogatorios para averiguar la verdad? Sin embargo, yo la había conocido mejor que el lector en un cuento contado de viva voz con suspensos diarios: un relato fascinante».

En 1999 se convierte en presidente del consejo editorial de la revista *Cambio*, con lo cual cumple un sueño de dedicarse por completo al periodismo. En su oficina del norte de Bogotá, rodeado de jóvenes y entusiastas reporteros y bulliciosos buscadores de noticias, quebrantando su costumbre de escribir absolutamente concentrado en un estudio solitario a prueba de ruidos, García Márquez volvió de nuevo a publicar deliciosas crónicas semanales e incluyó una novedosa sección, Gabo Contesta, en la que se propuso responder cartas de los lectores acerca de su relación entre el periodismo y la literatura.

Por aquellos días sufrió serios quebrantos de salud que lo obligaron a guardar reposo durante largos meses. Su vida transcurrió entre Ciudad de México, La Habana y Los Ángeles –ciudad donde reside su hijo, el laureado cineasta Rodrigo García Barcha. Fueron estos años cuando escribió el primer volumen de sus memorias, a las que tituló *Vivir para contarla*, cuya edición inicial se lanzó en Bogotá el 8 de octubre de 2001.

Entretanto, se publicó el tomo quinto de su monumental *Obra periodística*, titulado *Por la libre*, y en 2003 publicó *Memoria de mis putas tristes*, un hermoso homenaje al maestro japonés Yasunari Kawabata, Premio Nobel de Literatura en 1968, cuya novela *La casa de las bellas durmientes* había conmovido años atrás al novelista colombiano.

En la actualidad el Gabo perfecciona un libro de cuentos y prepara la segunda parte de sus memorias, situadas entre su partida para Europa en 1955, la escritura y publicación de *Cien años de soledad* y la obtención en 1982 del Premio Nobel, máximo galardón de la literatura.

**TEXTOS
DE
GABRIEL GARCÍA
MÁRQUEZ**

UN HOMBRE HA MUERTO DE MUERTE NATURAL

Esta parece ser la verdad: Ernest Hemingway ha muerto. La noticia ha conmovido, en lugares opuestos y apartados del mundo, a sus mozos de café, a sus guías de cazadores, a sus aprendices de torero, a sus choferes de taxi, a unos cuantos boxeadores venidos a menos y a algún pistolero retirado.

Mientras tanto, en el pueblo de Ketchum, Idaho, la muerte del buen vecino ha sido apenas un doloroso incidente local. El cadáver permaneció seis días en cámara ardiente, no para que se le rindieran honores militares, sino en espera de alguien que estaba cazando leones en África. El cuerpo no permanecerá expuesto a las aves de rapiña, junto a los restos de un leopardo congelado en la cumbre de una montaña, sino que reposará tranquilamente en uno de esos cementerios demasiado higiénicos de Estados Unidos, rodeado de cadáveres amigos. Estas circunstancias, que tanto se parecen a la vida real, obligan a creer esta vez que Hemingway ha muerto de veras, en la tercera tentativa.

Hace cinco años, cuando su avión sufrió un accidente en África, la muerte no podía ser verdad. Las comisiones de rescate lo encontraron alegre y medio borracho, en un claro de la selva, a poca distancia del lugar donde merodeaba una familia de elefantes. La propia obra de Hemingway, cuyos héroes no tenían derecho a morir antes de padecer durante cierto tiempo la amargura de la victo-

ria, había descalificado de antemano aquella clase de muerte, más bien del cine que de la vida.

En cambio, ahora, el escritor de sesenta y dos años, que en la pasada primavera estuvo dos veces en el hospital tratándose una enfermedad de viejo, fue hallado muerto en su habitación con la cabeza destrozada por una bala de escopeta de matar tigres. En favor de la hipótesis de suicidio hay un argumento técnico: su experiencia en el manejo de las armas descarta la posibilidad de un accidente. En contra, hay un solo argumento literario: Hemingway no parecía pertenecer a la raza de los hombres que se suicidan. En sus cuentos y novelas, el suicidio era una cobardía, y sus personajes eran heroicos solamente en función de su temeridad y su valor físico.

Pero de todos modos, el enigma de la muerte de Hemingway es puramente circunstancial, porque esta vez las cosas ocurrieron al derecho: el escritor murió como el más corriente de sus personajes, y principalmente para sus propios personajes.

En contraste con el dolor sincero de los boxeadores, se ha destacado en estos días la incertidumbre de los críticos literarios. La pregunta central es hasta qué punto Hemingway fue un grande escritor, y en qué grado merece un laurel que a él mismo le pareció una simple anécdota, una circunstancia episódica en la vida de un hombre.

En realidad, Hemingway solo fue un testigo ávido, más que de la naturaleza humana, de la acción individual. Su héroe surgía en cualquier lugar del mundo, en cualquier situación y en cualquier nivel de la escala social en que fuera necesario luchar encarnizadamente no tanto para sobrevivir cuando para alcanzar la victoria. Y luego, la victoria era apenas un estado superior del cansancio físico y de la incertidumbre moral.

Sin embargo, en el universo de Hemingway la victoria no estaba destinada al más fuerte, sino al más sabio, con una sabiduría aprendida de la experiencia. En ese sentido era un idealista. Pocas veces, en su extensa obra, surgió

una circunstancia en que la fuerza bruta prevaleciera contra el conocimiento. El pez chico, si era más sabio, podía comerse al grande.

El cazador no vencía al león porque estuviera armado de una escopeta, sino porque conocía minuciosamente los secretos de su oficio, y por lo menos en dos ocasiones el león conoció mejor de los secretos del suyo. En *El viejo y el mar* –el relato que parece ser una síntesis de los defectos y virtudes del autor– un pescador solitario, agotado y perseguido por la mala suerte, logró vencer al pez más grande del mundo en una contienda que era más de inteligencia que de fortaleza.

El tiempo demostrará también que Hemingway, como escritor menor, se comerá a muchos escritores grandes, por su conocimiento de los motivos de los hombres y los secretos de su oficio. Alguna vez, en una entrevista de prensa, hizo la mejor definición de su obra al compararla con el iceberg de la gigantesca mole de hielo que flota en la superficie: es apenas un octavo del volumen total, y es inexpugnable, gracias a los siete octavos que la sustentan bajo el agua.

La trascendencia de Hemingway está sustentada precisamente en la oculta sabiduría que sostiene a flote una obra objetiva, de estructura directa y simple, y a veces escueta inclusive en su dramatismo. Hemingway solo contó lo visto por sus propios ojos, lo gozado y padecido por su experiencia, que era al fin y al cabo lo único en que podía creer. Su vida fue un continuo y arriesgado aprendizaje de su oficio, en el que fue honesto hasta el límite de la exageración: había que preguntarse cuántas veces estuvo en peligro la propia vida del escritor para que fuera válido un simple gesto de su personaje.

En ese sentido, Hemingway no fue nada más, pero tampoco nada menos, de lo que quiso ser: un hombre que estuvo completamente vivo en cada acto de su vida. Su destino, en cierto modo, ha sido el de sus héroes, que solo tuvieron una validez momentánea en cualquier lugar

de la tierra, y que fueron eternos por la fidelidad de quienes los quisieron.

Esa es, tal vez, la dimensión más exacta de Hemingway. Probablemente, este no sea el final de alguien, sino el principio de nadie en la historia de la literatura universal. Pero es el legado natural de un espléndido ejemplar humano, de un trabajador bueno y extrañamente honrado, que quizás se merezca algo más que un puesto en la gloria internacional.

Ciudad de México, 5 de julio de 1961

GABO CONTESTA

Bajo el título Gabo Contesta, el novelista colombiano inició una singular sección en la revista Cambio a partir de febrero de 1999, consistente en responder a los lectores preguntas relacionadas con la escritura de sus libros. A continuación presentamos una muestra de la sección aludida.

Crónica de otra crónica

Estimado maestro:

A sus lectores más devotos nos sorprendió que en su conversación con el presidente Clinton usted hubiese preferido a *El conde de Montecristo* y no a *Edipo Rey*, como todos lo dábamos por sentado. Usted explicó las razones técnicas de esta preferencia. ¿Fue también por razones técnicas que usted reveló desde el primer capítulo la muerte de Santiago Nasar en *Crónica de una muerte anunciada*? Le prometo que su respuesta no se la contaré a nadie.

José Luis Díaz-Granados

Los lectores de novelas policíacas –que somos muchos en el mundo– sabemos que el placer del enigma no es saber quién es el asesino, sino navegar por el archipiélago de las pistas y los despistes hasta descubrirlo en el momento justo en que lo previó el autor.

La explicación no es tan tonta como parece y tiene mucho que ver con la ética de la lectura. Saltar páginas para descifrar el final antes de tiempo es una debilidad moral

que la propia conciencia se apresura a castigar. El cine policíaco parece estar un paso adelante: el espectador prefiere que lo hagan cómplice desde el principio y no que lo sorprendan en el minuto final con la revelación del misterio. Es decir, más que encontrar al muerto y a quién lo mató, lo que el espectador agradece es que lo lleven de la mano por los laberintos de la trama para participar en el descubrimiento del secreto.

Pues bien: la primera versión inédita de *Crónica de una muerte anunciada* pertenecía a esta última estirpe, de modo que la muerte del protagonista se mantenía en la duda hasta el final. Pues era el reportaje crudo y simple del asesinato de un amigo muy querido de mi infancia, cometido en 1955, cuando yo hacía mis pininos de periodista en *El Herald* de Barranquilla. Mi madre me suplicó entonces que no lo publicara por consideración con la familia de la víctima. Pero veintisiete años después –cuando por fin decidí publicarlo como libro– muchos de los protagonistas mayores habían muerto y las nuevas generaciones no tenían noticias del drama. Fue entonces cuando decidí –no sé por qué– que la muerte se revelara desde el primer capítulo para que el lector quedara atrapado en la intriga y siguiera leyendo tranquilo página por página, y ojalá línea por línea, no para saber si lo mataron, sino cómo lo mataron.

El añadido fue de solo tres palabras al final del primer capítulo: Ya lo mataron. Sin embargo, ellas solas me cambiaron la perspectiva total del libro que ya creía terminado, y tuve que reescribirlo en su forma definitiva, no como reportaje, sino como una novela compacta en primera persona. Pero que ya no era vivida, sino recordada por un cronista sin nombre que había sido testigo presencial y además había hecho la investigación del crimen al cabo de veintisiete años de olvido.

Fue una de esas inspiraciones inexplicables que suelen ser providenciales en la vida de un escritor. El cambio de género, por supuesto, me obligó a cambiar también la

estructura lineal y el realismo inmediato y apremiante del reportaje. Me reveló el problema de la responsabilidad colectiva y la moral interna de un drama tremendo que había ocurrido entre adolescentes cuya perplejidad –tal vez– no fue entendida nunca por sus mayores. Comprendí, en fin, que yo mismo ya no era el mismo después de tantos años corridos por debajo de los puentes. ¿Hice bien? Estoy convencido que sí: la primera versión, como ya estaba escrita, habría sido un desastre sin la química de la nostalgia y los desafueros de la poesía.

Bogotá, 1 de marzo de 1999

SHAKIRA

Shakira voló de Miami a Buenos Aires el lunes 1 de febrero, perseguida por un periodista que quería hacerle por teléfono una sola pregunta para un programa de radio. Por motivos diversos, aunque naturales en los oficios de ambos, no pudo alcanzarla en los veintisiete días siguientes, hasta que le perdió la pista en España en la primera semana de marzo. Lo único que le quedó al periodista fue el argumento y el título del reportaje: «¿Qué está haciendo Shakira cuando nadie la encuentra?». Shakira, muerta de risa, lo explica agenda en mano: «Estoy viviendo».

Había llegado a Buenos Aires en la tarde del 1 de febrero, y trabajó el martes hasta pasada la medianoche, sin tiempo para celebrar aquel día sus veintidós años. El miércoles regresó a Miami, donde hizo una larga sesión de fotos para publicidad, y grabó varias horas para la versión en inglés de su último disco. Al día siguiente, viernes, continuó la grabación desde las dos de la tarde hasta el amanecer del sábado, durmió tres horas, y siguió grabando hasta las tres de la tarde. Esa noche durmió unas pocas horas y el domingo temprano voló a Lima. Allí grabó un programa el lunes al mediodía, hizo una presentación en vivo, participó a las cuatro de la tarde en un programa comercial y estuvo hasta la madrugada en una fiesta de promoción. Al día siguiente, 9 de febrero, concedió once entrevistas de media hora cada una para radio, televisión y prensa, desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, con una pausa de una hora para almorzar. Debía llegar de urgencia a Miami, pero a última hora tuvo que

improvisar una escala en Bogotá para una visita de consuelo a los damnificados del terremoto de Armenia. Esa noche alcanzó su último avión para Miami, donde ensayó cuatro días para compromisos en España y París. También sacó tiempo para trabajar con la cantante Gloria Estefan en la traducción inglesa de sus discos, desde el almuerzo del sábado hasta las cuatro y media de la madrugada del domingo. Volvió a su casa con las primeras luces, se tomó un café con un pan y se acostó a dormir vestida. Una hora y media después la despertaron para una serie de entrevistas por radio que ya tenía comprometidas. El martes 16, ya en Costa Rica, hizo una presentación en vivo. El jueves 18 viajó a Miami y a Caracas, y allí participó en el programa «Sábado sensacional». Apenas durmió, pues el 21 tuvo que volar de Venezuela a Los Ángeles para asistir a la entrega de los premios Grammy, con la esperanza de ser una de las escogidas, pero la pesada de Estados Unidos barrió con los premios grandes. No se amilanó: el 25 dio el salto a España, donde la esperaban para trabajar el 27 y el 28 de febrero. El 1 de marzo, cuando por fin pudo dormir una noche completa en un hotel de Madrid, había volado tanto como una azafata profesional: más de cuarenta mil kilómetros en un mes.

Los compromisos que Shakira hace en tierra firme no son menos traumáticos. Entre músicos, iluminadores, tramoyistas e ingenieros de sonido, el equipo que viaja con ella es una escuadra de combate. Ella se ocupa de todo en persona. No sabe leer música, pero en los ensayos está pendiente de cada instrumento, con un sentido crítico severo y un oído privilegiado que le permiten interrumpir un ensayo para coordinar la nota exacta con sus músicos. No solo colabora con ellos en el escenario, sino que se preocupa por la suerte personal de cada uno. Muy pocas veces se deja ver el cansancio, pero no hay que engañarse. En una serie de cuarenta conciertos que hizo en Argentina no dio una mínima muestra de fatiga, pero en los últimos alguien la esperaba entre bambalinas para llevarla carga-

da hasta la camioneta. En diversas ocasiones ha tenido taquicardias, inflamación del colon, o alergias de la piel.

Esta situación se ha agravado con los arduos preparativos de la versión inglesa de *¿Dónde están los ladrones?* para Estados Unidos, con la afortunada colaboración de Emilio Estefan y su esposa, Gloria, que son productores actuales de sus discos. Es una de las presiones fuertes que Shakira ha sufrido en su vida. Habla un inglés de uso diario, pero ha tenido que someterlo a prácticas agotadoras para depurar su acento, y está tan obsesionada que a veces sigue hablándolo mientras duerme. En vísperas de su estreno hizo una crisis de fiebres durante la noche y no durmió más de una hora. «Fue uno de los momentos más extenuantes de mi vida –dice–. Lloré casi toda la noche pensando que no iba a ser capaz».

¿De qué se extraña? Shakira parece haber olvidado demasiado pronto que ese vértigo indomable nació con ella, y quiera Dios que la acompañe hasta su más tierna vejez. Es la hija única de un conocido joyero de Barranquilla, don William Mebarak y su esposa, doña Nydia Ripoll, una familia de ascendencia árabe tutelada por los ángeles de las artes y las letras. La precocidad descomunal de Shakira, su genio creativo, su voluntad de granito y una ciudad natal propensa a la invención artística, solo podían ser los gérmenes de un tan raro destino. Sus primeros años parecen saltos de décadas. Sus cronistas aseguran que a la edad de diecisiete meses recitaba el abecedario, a los tres cantaba los números, a los cuatro bailó la danza del vientre sin maestro en una escuela de monjas de Barranquilla, donde un funcionario sibarítico de los años treinta quiso erigir un monumento consagrado al culto de Shirley Temple. A los siete años, Shakira había compuesto su primera canción. Entre los ocho y los diez escribió sus primeros versos, y sus primeras canciones con letra y música originales. Por la misma época firmó su primer contrato para entretener a los obreros en las minas de carbón de El Cerrejón, en la alta Guajira. Aún no había comenzado

bachillerato cuando una empresa disquera le grabó su primer disco. «Siempre estuve muy familiarizada con mi capacidad de crear –dice–. Recitaba poemas de amor, empecé escribiendo cuentos y sacaba muy buenas notas, excepto en matemáticas». Sin embargo, le aburría a morir que los amigos de sus padres la obligaran a cantar en las visitas. «Prefiero una multitud de treinta mil personas que cinco gatos escuchándome cantar con una guitarra», dice. Con su rostro de niña perfecto y su engañosa fragilidad, tuvo siempre la certeza absoluta de que iba a ser un personaje público de resonancia mundial. No sabía en qué arte o en qué parte, pero no tenía una sombra de duda, como si estuviera condenada al fatalismo de una profecía.

Hoy el sueño está más que cumplido. La música de Shakira tiene una impronta personal que no se parece a la de nadie, y nadie la canta ni la baila como ella a ninguna edad con una sensualidad inocente que parece inventada por ella. Se dice fácil: «Si no canto me muero». Pero en Shakira es cierto: si no canta no vive. Lo único que le devuelve la paz del espíritu es la soledad en medio de las muchedumbres. Una vez en el escenario no tiene el temor escénico, sino todo lo contrario: el terror de no estar allí. «Me siento –dice– como un león en la selva». Es uno de esos pocos espacios donde tiene la oportunidad real de mostrar lo que es, lo que ha sido, y lo único que será sin duda hasta la muerte.

Es el caso ejemplar de una fuerza telúrica al servicio de una magia sutil. La mayoría de los cantantes se hace poner las luces de frente para no enfrentarse al fantasma de la muchedumbre. Shakira escogió lo contrario. Ha instruido a sus técnicos para que no instalen las luces fuertes contra su cara, sino que las vuelvan hacia el público, para que ella pueda verlo y vivirlo mientras canta. «La comunicación es total», dice. La muchedumbre anónima e impredecible no solo le revela entonces una complicidad del corazón que la actriz va moldeando a medida que actúa según los palpitos de su inspiración. «Me gusta ver los

ojos de la gente cuando canto para ella», dice. Algunas caras que no ha visto nunca las descubre entre el público y las recuerda para siempre como si fueran de viejos amigos. Una vez, de improviso, reconoció a alguien que había muerto desde hacía años. Y más aún: se sintió reconocida desde otra vida. «Canté toda la noche para él», dice. Son milagros secretos que hacen la gloria –y muchas veces el desastre– de grandes artistas.

El fenómeno más entrañable en la vida de Shakira es la contaminación masiva de las muchedumbres infantiles. Cuando apareció *Pies descalzos*, los publicistas decidieron promoverlo en los intermedios de los conciertos populares del Caribe. Tuvieron que cambiar de idea, porque el público juvenil se lanzaba al ruedo para bailar y cantar a Shakira, y solo querían más de lo mismo para el resto de la noche. Hoy es un fenómeno digno de una cátedra magistral. Las escuelas primarias de cualquier nivel social se han convertido en clonaciones masivas de Shakiras –vestidas, habladas y cantadas como ella. Más curioso aún: la fiebre más alta está en el promedio de las niñas de seis años. Las grabaciones piratas de Shakira son moneda corriente en los cambalaches de los recreos y se venden a dos por cinco en las puertas de las escuelas. Los adornos de sus cabellos, sus collares y aretes se agotan al salir, y en los mercados se venden al por mayor las anilinas para cambiarse los colores de las trenzas según la moda del día. La heroína de la escuela es la primera que aparece en clase con el disco. Los grupos de estudio más concurridos se convocan en casas particulares, y al cabo de un repaso rápido de la tarea, empieza el pandemonio. Los cumpleaños son fiestas de shakiras, en las que solo se canta y se baila a Shakira. En las más puristas –que no son pocas– no hay hombres invitados.

Es difícil ser lo que Shakira es hoy en su carrera, no solo por su genio y su juicio, sino por el milagro de una madurez inconcebible a su edad. Cuesta trabajo entender semejante poder de creación compatible con sus trenzas

negras de ayer, las rojas de hoy, las verdes de mañana. El año próximo será suyo: está previsto que entrará en discos y en vivo en los vastos mercados de Europa, Estados Unidos, Asia y África, donde millones de fanáticos la esperan cantando sus canciones en numerosos idiomas. Tiene más premios, trofeos y diplomas que muchas veteranas grandes. Se ve que es como ella quiso ser: inteligente, insegura, recatada, golosa, evasiva, intensa. Barranquillera de hueso colorado, desde el mundo entero y desde las nubes de su olimpo añora las huevas de lisa y el bollo de yuca, y una casa de techos muy altos que no ha podido comprar frente al mar, con dos caballos y mucha tranquilidad. Adora los libros, los compra, los acaricia, pero no tiene el tiempo que quisiera para leerlos. Anhela a los amigos que se le quedan en los adioses apresurados de los aeropuertos, pero sabe que no será fácil volver a verlos.

Sobre el dinero que ha ganado, dice: «Tengo menos de lo que dicen y más de lo que yo digo». Su sitio predilecto para oír música es el automóvil cerrado, a todo volumen, sin molestar a nadie. «Es el lugar ideal para hablar con Dios, hablar conmigo misma, tratar de entender», dice. Confiesa que odia la televisión. Dice que su contradicción más grande es creer que existe la vida eterna, pero siente el terror insoportable de la muerte, por la pérdida de los sentidos.

Hubo épocas en que concedió hasta cuarenta entrevistas diarias sin repetirse. Tiene ideas propias sobre el arte, la vida terrenal y la eterna, la existencia de Dios, el amor o la muerte. Sin embargo, sus entrevistadores y publicistas ocasionales se han empeñado tanto en que las explique, que la han vuelto experta en respuestas fugitivas, más útiles para escamotear que para revelar. Rechaza toda idea relacionada con la fragilidad de su fama, y la exasperan las versiones de que puede perder la voz por sus supuestos abusos. «En plena luz del mediodía –dice Shakira– no quiero pensar en el ocaso». De todos modos, los especialistas lo ven como un riesgo improbable, pues su voz tiene una

colocación natural capaz de sobrevivir a sus excesos. Ha tenido que cantar agotada por las fiebres, ha perdido el conocimiento por cansancio, pero nunca ha sufrido la mínima alteración de la voz. «La peor frustración de un cantante –dice con su impaciencia final de entrevistada– es haber escogido la carrera de hacer música y no hacer más música todos los días por estar haciendo entrevistas». Su tema más resbalizo es el amor. Lo exalta, lo idealiza, y es el alma y razón de sus canciones, pero lo elude con humor en la charla personal. «La verdad –dice a carcajadas– es que le tengo más miedo al matrimonio que a la muerte». Acepta de buen talante haber tenido cuatro novios visibles, y por lo menos tres en la penumbra. Llama la atención que parece haber tenido los que correspondían a su edad, pero ninguno a la altura de su madurez. En cambio, el cantante puertorriqueño Oswaldo Ríos, el mayor de todos, parece haber sido el menos maduro. Shakira habla de ellos con afecto pero sin dolor, y parece recordarlos como a seis fantasmas efímeros que uno tras otro se le habían ido quedando colgados en el ropero. Por fortuna, no hay motivos para desesperar: el próximo 2 de febrero, bajo el signo de Acuario, Shakira cumplirá –apenas– sus primeros veintitrés años.

Cambio, junio de 1999

INFLUENCIA DEL PERIODISMO EN EL NOVELISTA

En pocos narradores latinoamericanos o internacionales es tan evidente la influencia del periodismo en su obra de ficción como en García Márquez, aunque algunos analistas sostienen lo contrario y escogen como ejemplo sus artículos, reportajes, crónicas y entrevistas en los que predomina el aliento literario, es decir, la noticia inmediata revestida en muchos casos con el ropaje lírico. Como simple ejercicio, estas primeras frases de algunas de sus novelas que son verdaderos leads o encabezados:

Crónica de una muerte anunciada

«En el día que lo iban a matar, Santiago Nassar se levantó a las cinco y treinta de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo. Había soñado que atravesaba un bosque de higueros donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros».

El general en su laberinto

«José Palacios, su servidor más antiguo, lo encontró flotando en las aguas depurativas de la bañera, desnudo y con los ojos abiertos, y creyó que se había ahogado. Sabía que ese era uno de sus muchos modos de meditar, pero el estado de éxtasis en que yacía a la deriva parecía de alguien que ya no era de este mundo».

Del amor y otros demonios

«Un perro cenizo con un lucero en la frente irrumpió en los vericuetos del mercado el primer domingo de diciembre, revolcó mesas de fritangas, desbarató tenderetes de indios y toldos de lotería, y de paso mordió a cuatro personas que se le atravesaron en el camino. Tres eran esclavos negros. La otra fue Sierva María de Todos los Ángeles, hija única del marqués de Casaldueiro, que había ido con una sirvienta mulata a comprar una ristra de cascabeles para la fiesta de los doce años».

La mala hora

«El padre Ángel se incorporó con un esfuerzo solemne. Se frotó los párpados con los huesos de las manos, apartó el mosquitero de punto y permaneció sentado en la estera pelada, pensativo un instante, el tiempo indispensable para darse cuenta de que estaba vivo, y para recordar la fecha y su correspondencia en el santoral. “Martes, cuatro de octubre”, pensó; y dijo en voz baja: “San Francisco de Asís”».

La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada

«Eréndira estaba bañando a la abuela cuando empezó el viento de su desgracia. La enorme mansión de argamasa lunar, extraviada en la soledad del desierto, se estremeció hasta los estribos con la primera embestida. Pero Eréndira y la abuela estaban hechas a los riesgos de aquella naturaleza desatinada, y apenas si notaron el calibre del viento en el baño adornado de pavorreales repetidos y mosaicos pueriles de termas romanas».

La hojarasca

«Por primera vez he visto un cadáver. Es miércoles, pero siento como si fuera domingo porque no he ido a la escuela y me han puesto este vestido de pana verde que me aprieta en alguna parte. De la mano de mamá, siguiendo a mi abuelo que tantea con el bastón a cada paso para no tropezar con las cosas (no ve bien en la penumbra y cojea), he pasado frente al espejo de la sala y me he visto de cuerpo entero, vestido de verde y con este blanco lazo almidonado que me aprieta a un lado del cuello. Me he visto en la redonda luna manchada y he pensado: Ese soy yo, como si hoy fuera domingo».

El coronel no tiene quien le escriba

«El coronel destapó el tarro del café y comprobó que no había más de una cucharadita. Retiró la olla del fogón, vertió la mitad del agua en el piso de tierra y con un cuchillo raspó el interior del tarro sobre la olla hasta cuando se desprendieron las últimas raspaduras del polvo de café revueltas con el óxido de la lata».

El amor en los tiempos del cólera

«Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados. El doctor Juvenal Urbino lo percibió desde que entró en la casa todavía en penumbras, a donde había acudido de urgencia a ocuparse de un caso que para él había dejado de ser urgente desde hacía muchos años. El refugiado antillano Jeremiah de Saint-Amour, inválido de guerra, fotógrafo de niños y su adversario de ajedrez más compasivo, se había puesto a salvo de los tormentos de la memoria con un sahumero de cianuro de oro».

El otoño del patriarca

«Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas de alambres de las ventanas, y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tibia y tierna brisa de muerto grande y de podrida grandeza».

Solo vine a hablar por teléfono

«Una tarde de lluvias primaverales, cuando viajaba sola hacia Barcelona conduciendo un automóvil alquilado, María de la Luz Cervantes sufrió una avería en el desierto de los Monegros. Era una mexicana de veintisiete años, bonita y seria, que años antes había tenido un cierto nombre como actriz de variedades. Estaba casada con un prestidigitador de salón, con quien iba a reunirse aquel día después de visitar a unos parientes en Zaragoza. Al cabo de una hora de señas desesperadas a los automóviles y camiones de carga que pasaban raudos en la tormenta, el conductor de un autobús tartalado se compadeció de ella. Le advirtió, eso sí, que no iba muy lejos.

–No importa– dijo María. Lo único que necesito es un teléfono».

Cien años de soledad

«Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y caña brava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras puli-

das, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo».

Tomado de *Tiempos Nuevos*,
Bogotá, mayo de 2000

ÍNDICE

Gabriel García Márquez 9

Textos de Gabriel García Márquez

Un hombre ha muerto de muerte natural 47

Gabo contesta 51

 Crónica de otra crónica 51

Shakira 54

Influencia del periodismo en el novelista 61

